

Alberto Monteagudo

Fuente de información: Antonio Romano, Jean Beyer, Jean M.R. Tillard,
Juan M. Lozano, Mario Midali.

Cuando se comprende la delicada tarea de escribir o discernir sobre un fundador (iniciador de una orden, congregación, movimiento, etc.), se debe buscar en sus ideas, en su personalidad, en su vida toda, en el conjunto de cualidades que lo llevaron a ser inspirado por Aquel que lo eligió.

Otra forma de identificación es poder demostrar virtudes heroicas. Es natural que reúna en torno suyo un grupo de seguidores, pequeño o numeroso, a los que les transmite sus ideas, objetivos y formas de alcanzarlos. Como también que haya captado las carencias de la época que le tocó vivir y haberse esforzado por dar respuestas a ellas, junto a quienes fueron llamados a una nueva o renovada perfección evangélica.

El fundador que vive en una sociedad descreída y enferma es el que tiene la visión de crear o adecuar un método para contrarrestar los males de ese momento o, a lo mejor sin pensar en su trascendencia en el tiempo, les transmite su pensamiento a sus seguidores, los impregna de su espíritu, y le imprime su carisma particular a su creación.

Es el creador de una fuerza que no está sujeta a formas ni a esquemas fijos; tampoco transmite formas preexistentes de vida espiritual, aunque ello podría atraerle estimas, en razón de que ello no es su intención.

Reflexionar sobre los fundadores nos lleva siempre a descubrir cosas nuevas y nos pone ante el Misterio de Dios, ya que en ellos y a través de ellos es Él el que actúa.

El Espíritu los mueve y les concede un carisma particular, poseen el mismo Espíritu de la Iglesia en cuyo seno viven. Este don particular los coloca en una vanguardia histórica y los convierte en punta de lanza en el Camino de la Iglesia.

Algo para entender y atender en cuanto a nuestro carisma fundacional

Los iniciadores creyeron, como dice el Evangelio, que “...la lámpara tiene que estar sobre la mesa, no abajo” y no pensaron en generar hombres nuevos para sepultar su carisma dentro de estructuras estériles, sino para que este se atesore y concrete, como historia viviente entre los hombres de todas épocas.

Atender la mentalidad del hombre contemporáneo y mantener la fidelidad a Dios, respetando el carisma inicial, es volver a las fuentes, que es como un retorno al Evangelio.

Descubrir el pensamiento del fundador es identificarse más profundamente con la raíz espiritual de ese momento, de aquellas circunstancias, de aquellos hombres, de aquel hombre que llevaba la “voz cantante”, porque, por más que se le dé vueltas, fue el pensamiento de un hombre el que se puso en práctica, haciendo de su vida una explicación que interpreta a los hombres, sin ponerse fuera de la Iglesia y, en nuestro caso, ni del mundo. Al respecto, me parece importante transcribir algunos conceptos del tema

que está desarrollando Eduardo Bonnín, bajo el título “La simplicidad y los Cursillos” en cuyo punto tercero, “Simplicidad y cristianismo”, dice:

“Leyendo el Evangelio el cristianismo parece sencillo . Sin embargo, leyendo algunos tratados teológicos parece muy complicado.

Creemos que ha existido un proceso de complejidad progresiva de lo cristiano, que es la principal causa de que el hombre de hoy se sienta alejado del cristianismo.

Se han hecho esfuerzos “simplificantes” muy notables (los catecismos, el Concilio Vaticano II, etc.), pero todos ellos de arriba a abajo.

Los cursillos son el esfuerzo simplificante de lo cristiano hecho de abajo a arriba. (Como el fabricante que antes de decidir qué producto fabrica hace un test de mercado a los consumidores).

Un grupo de seculares, apoyado por algunos sacerdotes realizaron en Mallorca, España, en los años '40, este esfuerzo simplificador que después ha acogido la Iglesia Institucional.

Sólo centrándose en la persona, desde la fe podía simplificarse el mensaje sin tergiversarse.

Así el cristianismo (más que doctrina una moral, unos ritos, una estructura, etc.) es una relación personal de amistad con Cristo que hace feliz a quien la alcanza.

En un clima de verdadera amistad podía ser también simple comunicar el cristianismo al hombre de hoy, en la línea del Evangelio.”

El carisma es un don fundamentalmente eclesial, concedido, no sólo al fundador, sino también al conjunto de la Iglesia, y este don se puede llegar a perder por infidelidad o ignorancia. El carisma otorgado a los Cursillos, que nació en una *Iglesia local*, es de una dimensión de hecho y derecho, ya que en Mallorca, como en cualquier otra Diócesis en que hubiera nacido, se encuentra la *Iglesia universal*. Por lo tanto, el reconocimiento del don recibido y su aceptación, no sólo requiere el respeto de quienes lo reciben, sino también, el de la Iglesia particular donde se establece.

La Iglesia local es la responsable de que el Movimiento sea fiel a lo propio, porque al aprobarlo lo debe aceptar con su carisma fundacional y ver en él una Gracia que debe defender en el tiempo y de todo reduccionismo humano.

En la interpretación del carisma pueden correrse dos riesgos:

- 1) Una falsa actitud conservadora: cerrados en lo que fue una forma, no permitiendo el desarrollo histórico del carisma que le fue entregado.
- 2) Una falsa acción progresista; de total ruptura con el pasado, ya que plantea una incesante reforma del carisma, llevándolo inevitablemente a la pérdida de su identidad.

El carisma no se limita al pasado, sino que enfrenta al presente y al futuro como un reto. La permanencia del carisma en la historia requiere de una manera inseparable fidelidad y crecimiento con apertura siempre constante a la realidad, encarnada en la vida de aquellos que se incorporan a la comunidad de Cursillos. Cuando el Movimiento se renueva sin guardar fidelidad a sus propios orígenes, la creatividad del Espíritu se traba, quedando la obra reducida sólo a la organización y a las estructuras normativas, diluyendo la obra del fundador y los frutos que era lógico esperar en su camino histórico quedan tan sólo en el recuerdo de sus ideas. Se puede leer mucho sobre el carisma, incluso los libros fundacionales, pero es muy difícil conocer el proyecto del Espíritu Santo si se desconoce al que lo encarnó y sus circunstancias de vida dentro de un contexto cultural, social y eclesial.

De esto desprende el valor comunitario que al encarnarse en cada miembro del Movimiento enriquece el proyecto inicial del Espíritu con pluriformidad de frutos en la realización histórica. A propósito de ello, si un Obispo no supiera nada de teología de los carismas ¿Cómo sería capaz de interpretar estos dones del Espíritu? Si bien podemos ofrecer estos impedimentos, o trabas que se producen en la Iglesia a raíz de estos designios del Misterio de Dios, tenemos que ver cómo superar estas fallas para lo cual no puede faltar una explícita labor de parte del Movimiento para que la jerarquía conozca la mentalidad, esencia, metodología y finalidad del mismo, y que exige de nosotros un mejor conocimiento de nuestro carisma. De parte del cuidador del rebaño es necesaria mucha atención a su discernimiento, ya que sus decisiones son de inmediata incidencia positiva en la gente, si defienden y ayudan a llevar adelante el carisma. De la capacidad del conjunto de la Iglesia (jerarquía y fieles) que observan la realidad y las señales del mundo, que les piden y exigen estudiarlas y darle consiguiente respuesta, se configura la auténtica labor del Espíritu Santo. Es así que la labor de Espíritu es junto a la capacidad del conjunto de la Iglesia (jerarquía y fieles) los que observan la realidad que las señales del mundo les exigen estudiar para darle respuesta.

Es así que no es suficiente la aprobación de la jerarquía para que una comunidad de Cursillos nazca en una diócesis; se trata de una acción más amplia proveniente de una unión donde se van descubriendo las diferentes formas de aprobar o de oponerse al carisma, que se originan en la Iglesia, incluido después de haber sido aceptado por ella.

Es por ello que una lectura superficial de la idea germinal podrá disminuir el modo de permitir que el carisma se introduzca en forma efectiva en los ambientes de Cursillos, y por lo mismo en el mundo.

Todo esto indica una necesaria motivación a revisar nuestro patrimonio doctrinal, y la experiencia de más de 50 años nos pide un retorno a la idea inicial para lograr una vivencia que permita al Movimiento, en los distintos lugares del mundo en que se expande, responder de acuerdo con sus auténticas posibilidades a los desafíos y retos del presente y del futuro.